

Resumen entrevista con Irene Cotolí

Manuela Mor Jarque nació en Espadilla, pequeña población del valle del río Mijares en Febrero de 1886. Allí vivió y allí se casó a la edad de 22 años con Benjamín Cotolí Pérez, natural del cercano pueblo de Argelita y apenas un par de años mayor que ella.

Era el año 1908 y la joven pareja se instaló en Barcelona donde vivieron la revuelta contra el embarque de quintas para la guerra de Marruecos conocida como semana trágica.

Benjamín trabajaba como guardia jurado en la Barceloneta. Una noche, tras observar el paso de gran número de gitanos camino de una boda, aceptó su invitación y se unió a la fiesta.

En los días posteriores fue sancionado con la obligación de saldar su falta, prestando servicio durante algún tiempo sin percibir salario alguno. Ante esta perspectiva decidieron marchar a Francia y se fueron andando.

En un primer momento se establecieron en Marsella. Trabajaba en el puerto: “donde las ratas eran tan grandes que llevaban un fanal en la cola”.

Hacia 1912, Benjamín se desplazó a Beaurepaire. Localidad ubicada en el departamento de Iseré, en los Alpes marítimos que contaba con una industria textil y del curtido y donde vivían unos familiares.

Ese mismo año regresaron a Espadilla para dar a luz a su primer hijo, Benjamín.

Querían que sus hijos nacieran en el pueblo y Manuela se sentía sola en Marsella.

De vuelta a Francia, en Beauvois, Benjamín trabajó como curtidor; Preparaba pieles de oveja para hacer monturas y de conejo para guantes. Trabajo bien remunerado que permitía vivir con cierta holgura y visitar periódicamente Espadilla, donde con el tiempo irán adquiriendo algunas propiedades.

En plena Gran Guerra, Manuela marchó de nuevo a su pueblo para el nacimiento de su segundo hijo. Años más tarde le relataría la visión sobrecogedora de niños de 14 años movilizados hacia el frente.

El acceso desde Onda se hacía en caballería. Por supuesto, se carecía de hospital ni de nada parecido. Los partos ocurrían en las casas con la ayuda de mujeres. Si algo salía mal no había más opción que el traslado a Castellón.

Así le ocurrió a su vecina Rosa María, evacuada en carro bajo una intensa nevada porque del recién nacido solo asomaba el brazo.

“Se vivía a lo salvaje”.

María Dolores Cotolí Mor. De todos conocida por Irene, nació el 13 de Junio de 1916.

Su padre que había quedado en Francia, fue mordido por un perro rabioso y trasladado al hospital de Lyon. Durante sus primeras semanas de vida, la familia desconoció su paradero por lo que Manuela le bautizó con los nombres de sus madrinas.

Cuando por fin se reencontraron fue Benjamín quién insistió en que su hija se llamara así.

A pesar de los años transcurridos, la expresión y la voz de Irene denotan un profundo cariño hacia sus padres:

“Mi madre era muy inteligente. Era un diamante sin cultivar, muy trabajadora, racional, ahorrativa”.

Era el justo contrapunto al alma de su marido.

“ Mi padre era muy atrevido. Era muy majo el tío Cotolí. Tenía el acordeón y cuando se enfadaba cogía el acordeón y a tocar....era todo corazón”.

La infancia de Irene transcurrió en un primer momento en Beaurepaire. Fue una época feliz.

“¡Maravillosa!, ¡aquella bicicleta!, ¡aquella carretera nacional por donde pasaba el tour de Francia!, ¡aquella juventud tan bonita!. No tengo palabras, además era una niña mimada. Mi padre era curtidor y ganaba un buen sueldo. En fin que en Francia sufrimientos ni uno.”

Cada dos o tres años visitaban Espadilla. Desde Onda el viaje lo hacían en sarrias sobre burros.

Su hermano Benjamín afectado por la meningitis, padecía frecuentes ataques epilépticos lo que motivaba que apenas pudiera salir de casa. Buscando un entorno más adecuado para él, la familia se trasladó desde su domicilio en la calle principal de Beaurepaire a una masía en la inmediata localidad de Saint Barthelemy.

Irene apenas tenía 5 años. Hablaba muy bien el francés y Manuela le enviaba con frecuencia a hacer recados. Recuerda ir con su hermano a una serrería a recoger una carga de serrín para encender el fuego. De vuelta a casa se quejó a su madre de algo que su hermano le había dicho o hecho. Al no obtener respuesta, Irene insistió:

“¡Pero madre! usted no me hace caso, ¿usted no se da cuenta que está tonto?

¡Me dio una bofetada...que todavía me hace mal!

Yo no tenía consuelo y mi madre me cogió en brazos y me dijo:

Hija mía, ya lo sé, pero tú que tienes conocimiento. ¡Empléalo!.

Me hizo comprender todo lo que una madre sufre. Nunca más volví a decirle que mi hermano era tonto, nunca... ¡más listo que yo!

Aquella bofetada. ¡Cuánto me valió!”

A los 6 ó 7 años, aconsejada su madre por el cura del pueblo, estudió con las monjas; las “nonas”, de quienes no conserva grato recuerdo a excepción de las clases de música impartidas por una profesora de Lyon .

Se educó con ellas hasta que sucedió un pequeño incidente el día después del entierro de un maestro retirado; en tales eventos, las monjas acudían conduciendo a las niñas en largas columnas. Era una exhibición de poder en la sorda pugna entre las escuelas religiosas y laicas.

Aquel día, Manuela atendió la petición de una vecina para que Irene acompañara a su hija a ese mismo entierro por lo que ese día, no formó en las filas de las monjas.

Al día siguiente fue amonestada públicamente por su “desobediencia” y privada de un pequeño regalo que mandaban las monjas de distintos conventos a aquellas niñas distinguidas por sus donativos.

Además de la deserción, parece que la familia de la niña no colaboraba en las frecuentes colectas de las monjas tanto como ellas querían, y esta era la perversa manera de hacérselo saber.

Después de aquello, Irene no dudó:

“no voy que tengo miedo”.

Tras la muerte de su abuela materna hacia 1926, las visitas a Espadilla se espaciarán mucho más.

El menor de los hermanos, Alfredo, ya nacerá en Francia. Aquel día, su hermano Benjamín, amigo y vecino del sacristán, volteó las campanas.

A causa de un ataque epiléptico, sufrió un fuerte golpe en la cabeza que motivó su traslado al hospital. Lo hizo el alcalde de la localidad, después de practicarle los primeros auxilios.

Algunos días después, Manuela coincidió con él, paseando por la campiña y le preguntó cómo podía agradecerse; la honesta respuesta fue que llevara a su hija a la escuela laica.

Irene asistirá a clases hasta los 13 años, obteniendo el certificado de estudios. Imprescindible en Francia para trabajar. Así pudo iniciar su vida laboral en una fábrica de tejidos en San Barthelemy, y vivir en el seno familiar una adolescencia normalmente feliz.

Tras la proclamación de la Segunda República española, la familia, a excepción de Benjamín, fallecido algún tiempo antes, regresará definitivamente.

Durante un breve periodo, se instalaron en Barcelona con el propósito de abrir un negocio de salazones que no prosperó. Y ese mismo año 1932, volverán a Espadilla.

Con 16 años, el contraste de su vida en la Francia alpina con la atrasada realidad de un pueblo del interior de Castellón, resultaría muy difícil de asumir.

“Al traerme de Francia a aquí, para mi fue un cambio de vida muy fuerte. Un destierro. Vivía en el departamento de Iseré en un paisaje alpino. Había carretera nacional, tenía bicicleta... en fin, era otro ambiente. Cuando llegué aquí no había sino caminos rurales. ¡No había ni carretera! los coches no podían pasar de la era porque no había combinación con Toga”.

Las muchachas de su edad eran más “niñas”, más inocentes. Irene calzaba zapatos. sus vestidos de verano eran sin mangas, ellas vestían con bata y espardeñas: “eran más de pueblo” Se asombraron de su reloj de pulsera. Les parecía una “manzaneta”.

“Otra cultura muy diferente, desde luego para mi fue un trauma. Pero yo siempre me he puesto por delante. Respetar y que te respeten”.

Tras una corta depresión marchó a vivir a Valencia donde se instaló en casa de unos familiares y entró como aprendiz en la peluquería Pilar, en la calle Quart 17. Allí trabajó los tres años siguientes. Recuerda aquella época con alegría Algún pretendiente sin mayor importancia, como aquel panadero de Benicalap que le proponía atender el negocio. Pero ella prefería: “peluquería y libertad”.

Visitaba Espadilla donde su padre tras la victoria del Frente Popular, había sido elegido alcalde. Con inteligente ironía recuerda el evento: “como había estado en Francia, creían que era un Dios”. “cogieron al más tonto y lo pusieron de alcalde”.

Los concejales eran José Bayo Peña (alcalde desde 1931), José Monferrer Gustems, José Monferrer Guillamón, Francisco Pérez Benlloch y Vicente Ortells Lecha.

Recuerda al maestro Don Vicente Gregori, socialista de la Vall D’ Uxó. Subía al pueblo en camión, en alguna festiva ocasión, con amigos y con la bandera desplegada. Una vez en el pueblo, Benjamín tocaba el acordeón.

Tras la guerra, don Vicente fue depurado y no fue rehabilitado hasta 1970. Apenas un año pudo ejercer su profesión antes de jubilarse.

En el verano de 1936, el golpe de estado fascista y la guerra que provocó, truncó el normal devenir de la existencia.

El 23 de Julio se iniciaban los primeros saqueos e incendios de Iglesias en Castellón.

Según informe de la guardia civil fechado en Enero de 1939:

“Conocido el patriótico alzamiento, los elementos de derechas esperaban órdenes y en esta espera fueron arrollados por los elementos del llamado Frente Popular, por los cuales ya estaba constituido con anterioridad el ayuntamiento de esta villa”.

Hasta el día 25, se vivió en el pueblo una situación de tensa espera y aparente normalidad celebrándose misa diaria. Ese mismo día por decreto municipal, se requisaron las armas a los elementos de derechas.

La iglesia fue clausurada, quedando la llave bajo custodia de la alcaldía.

A la conmoción generada en todo el país por el estado de guerra, se unieron las primeras noticias de la brutal represión de los sublevados. Espadilla contaba por entonces con dos receptores de radio, uno pertenecía al cura.

El día 4 de Agosto se constituyó el Comité antifascista de Espadilla. La Casa Abadía fue incautada pasando a ser la sede del comité. Este se reunía al atardecer. Se discutían los asuntos de interés y se planificaban los trabajos agrícolas del día siguiente.

Irene como secretaria de racionamiento se encargaba de la distribución de los alimentos que se efectuaba en la iglesia. “nos daban bacalao”.

Por estas fechas se fundó la sección local del sindicato CNT con Francisco Pérez Benlloch como presidente y Vicente Bayo Benlloch como secretario.

Tres meses después se constituyó la UGT con Pascual Monferrer Guillamón y Narciso Olmedo Campos como presidente y secretario respectivamente.

Era el momento de la Revolución. Llegaron camiones cargados de jóvenes milicianos con sus fusiles y sus gorros bicolors. La mañana del 13 de Agosto. Benjamín instó a su familia:

“Persianas bajadas y todos a dormir”.

El día anterior, previno a la tía Carrerona y la tía Virginia, dos significadas beatas:

“No puedo evitar que vengan a saquear la iglesia. Id y coged todo lo de valor”.

Frente a la ermita y la iglesia, ardieron los objetos de culto. Cuando le llegó el turno a los bancos, Benjamín se interpuso:

“¡Ni hablar! que esto puede aprovechar”.

Advirtió al cura Miguel Serrano Sanjuán, instándole a que se ocultara y para evitar la quema de la iglesia, encargó a su hija la confección de una pancarta que colgaron sobre la puerta, con la leyenda: ESTE EDIFICIO ES DEL PUEBLO. ¡RESPECTADLO!

Al igual que en otras tantas pequeñas poblaciones, las relaciones familiares y personales trascendieron en muchos casos el posicionamiento ideológico.

La ausencia de víctimas mortales en Espadilla se debió a la decidida actuación de Benjamín y de quienes le sucedieron a cargo de la alcaldía, Joaquín Alejandro Ibáñez y Pascual Monferrer Guillamón.

El 11 de Septiembre milicianos del pueblo y de la comarca destruyeron el calvario así como cuadros e imágenes religiosas de particulares.

En un ámbito tan pequeño, donde todos se conocían desde siempre y donde estaban tan entrelazadas las relaciones familiares, no faltaron escenas casi cómicas; un miliciano vecino y familiar interpellaba a la tía Resurrección:

“Usted, ¡sáqueme todos los cuadros que tenga!

¡Uy la hospeda! ¡Por qué tengo que daros a vosotros nada!”

Su padre demudado, le ordenaba callar.

Se incautaron las libretas de ahorro de significados derechistas y poca cosa más.

Los jóvenes que antes de la guerra acudían a los bailes, andaban ahora con los fusiles haciendo la revolución.

Una persona progresista como Irene todavía se pregunta cómo se operó aquella rápida transformación:

“Antes, los pueblos estaban muy unidos. Nos conocíamos todos. Los mozos, lo mismo de Toga que de Ludiente venían a bailar a casa de la tía Irene que tenía un piano. Vino la guerra y los veías siempre con fusiles, con el gorro roji-negro. Eran de la F.A.I.

Venían en camiones y saqueaban las casas de los de derechas. Era un desmán muy desagradable.

Mi padre tenía que estar al frente y no podía controlarlos. Era muy peligroso.

Parece mentira el ser humano, gente que vivimos en el pueblo y nos conocemos de siempre. No se podía pedir unos muchachos más majos, más buenos chicos y parece mentira que en un momento tan torpe, cambiaran de actitud”.

¡Cómo es posible que se volvieran tan rebeldes!”

El 15 de Septiembre, Benjamín, Pascual Guillamón y Joaquín Pradas salvaron la vida de José Sanbuenaventura Libre cuando ya se lo llevaban en un camión. “No quiero sangre en este pueblo. Es un hombre honrado. ¡Bajadlo!”

Previamente, Benjamín expidió salvoconductos para Manuel Gabaldá Salas (el tío molinero) y Miguel Serrano, el cura, quienes pasarán toda la guerra ocultos. A veces por los alrededores, más a menudo turnándose entre distintas casas de correligionarios a quien todo el pueblo conocía.

El día 29 facilitó la huida del antaño concejal de derechas Vicente Bayo Peña (el tío millonario) a quien su hermano José unos días antes, salvó “in extremis” de ser fusilado por tres jóvenes milicianos del pueblo.

Huyó por Ayódar, Segorbe y, finalmente, recabó en Valencia donde fue detenido y encarcelado al menos en tres ocasiones. Finalmente fue juzgado y absuelto.

El 15 de Octubre fue quemado el archivo parroquial. Tres días más tarde arderá el registro civil, el archivo del juzgado municipal, libros de contabilidad y otros documentos municipales.

El día 20 fueron destruidas las campanas; último símbolo del poder de la iglesia en el pueblo.

El 7 de noviembre, el juez municipal Joaquín Pradas Lecha decretó la destrucción de dos lápidas mortuorias en el cementerio. Años después fallecerá en San Miguel de los Reyes a causa de un derrame cerebral provocado por las palizas y las torturas.

“Fueron momentos muy difíciles. “Era muy peligroso estar al frente” Espadilla puede estar orgullosa de haber tenido en aquellos momentos, una persona que pudo evitar tanta desgracia...porque en Fanzara murieron 19, en Toga y Argelita 3 ó 4... y en Espadilla, no faltó nadie, ni siquiera en el frente.”

Ciertamente fue así, algo extraordinario en aquellos tiempos; Manuel Lecha Barceló marchó voluntario con 18 años. Sirvió toda la guerra en un batallón de ametralladoras. Los duros entre los duros. De la ferocidad de los combates que vivió basta decir que en dos ocasiones, junto a un compañero la primera y dos en la segunda, resultaron los únicos supervivientes de su unidad.

A lo largo de los meses siguientes la guerra fue imponiendo su ley. Restablecida la autoridad del estado, los jóvenes fueron movilizados y el pueblo continuó el normal devenir de los trabajos agrícolas.

Benjamín dejó la alcaldía siendo sustituido por Joaquín Alejandro y dos meses después por Pascual Monferrer. Posteriormente se incorporó como concejal José Morte Lecha.

Especial importancia tuvo el cultivo de naranja, transportada a Burriana por el tío Sento y Pascualet intermediarios de Bexí. A 11 ó 12 duros la arroba, Irene llegó a recoger 800 de sus huertos. La de la Lometa era selecta. Se cultivó hasta que llegó el frente.

En Noviembre de 1937, Irene perdió a su hermano pequeño Alfredo, en un trágico accidente. Se ahogó en el río tras caer desde un árbol.

A finales de Junio de 1938 el frente de guerra se acercaba a los pueblos del Alto Mijares. Cortada la comunicación con Onda los primeros en salir pudieron hacerlo por El Tormo pero cuando casi un mes más tarde se dio la orden de evacuación del pueblo, ésta se realizó a pie por el camino de Ayódar. Quienes contaban con familiares o amigos marcharon a reunirse con ellos. La gente más mayor o partidaria de los franquistas, se ocultó en cuevas y especialmente en los abrigos del “Bosqueral”, sobre el río Pequeño. Si era posible, bajaban al pueblo por la noche para proveerse de comida.

José Masip Morte rondaba los 10 años y recuerda los días previos a la ocupación, exiguas fuerzas republicanas se desplegaban por los alrededores.

En la caseta de peones camineros de la carretera a Onda, un teniente fue fusilado acusado de pretender pasarse al enemigo. Su cuerpo quedó allí. Tras la guerra sus restos se trasladaron al cementerio.

José acompañó a un pastor en el intento de llevar ganado ovino hasta Segorbe. Éste se estabulaba en la misma iglesia. No lo consiguieron, la sierra a la altura de Villamalur hervía. Tuvieron que abandonar a los pobres animales y regresar.

Ampliamente rebasado el pueblo por el avance franquista, los defensores lo evacuaban hacia el 20 de Julio. El puente sobre el río Pequeño estaba minado pero no fue volado. Ya no tenía sentido.

Apenas una compañía y algunos guías se replegaban a las alturas del vértice geodésico donde se atrincheraron algunos días conteniendo las avanzadas de reconocimiento de la caballería franquista hasta replegarse hacia la sierra de Espadán.

Apenas un mes más tarde se produjo en estas mismas alturas un fuerte combate con un numeroso grupo guerrillero que se había infiltrado desde Villamalur. Las bajas mortales franquistas fueron evacuadas a Onda, las guerrilleras quedaron para siempre en la montaña. Tras la guerra numerosos testimonios de buscadores de “malea” hablaban de los cuerpos que allí quedaron.

La familia de Irene y algunos centenares de paisanos (unas 20 familias) marcharon con lo poco que pudieron llevar hasta Ayódar. Camiones militares los trasladaron a retaguardia.

Decidieron instalarse en Anna, en la casa de la familia de un soldado al que habían acogido y ayudado durante su paso por Espadilla.

Conserva recuerdos agradables de aquellos meses. Benjamín pescaba, Irene trabajaba como peluquera. A cambio recibía productos de la huerta. Era un carácter alegre y decidido.

Al poco tiempo, una clienta le comentó que se necesitaba gente para trabajar en el Sanatorio Iturralde, evacuado desde Madrid e instalado en un convento del vecino pueblo de Canals.

Congenió con su director que también era de Castellón y pasó a ocuparse de la intendencia como cabo furriel. Hacía los vales de 20 kg de lentejas y 30 botes de leche.

El farmacéutico D. Elviro era de Oliva y gustaba de repetir:

“el hombre que se enamora de una mujer de teatro es como el que tiene hambre y le dan bicarbonato”.

Lo pasó de maravilla con todo aquello.

Recuerda con sorna la anécdota del perro “Stalin” que a su muerte fue enterrado en el nicho de una monja.

En Abril acabó la guerra y comenzó la victoria. El dinero de la República ya no valía. Tuvieron que regresar al pueblo como pudieron, en carro hasta Xátiva y desde allí en tren.

Los testimonios de las familias que regresaron tras casi un año de ausencia son unívocos y recurrentes. El pueblo estaba devastado, pero no por las bombas. A excepción de aquellos que no habían evacuado y habían mantenido habitada su vivienda, la continuada ocupación militar había sido todavía más letal. Los cultivos y animales esquilados, las casas saqueadas hasta en los más humildes enseres. Y no sólo por los soldados, el nuevo alcalde tenía en un capazo las llaves de todas las casa vacías. Esto no era un problema, pues todas eran fácilmente accesibles para los que regresaban; por los corrales o por cualquier vano.

En casa de Irene se habían instalado las cocinas. No quedaba ni la puerta. Todo lo que ardía se había utilizado para hacer fuego. Se lo habían llevado todo.

Los primeros días comieron algo gracias a Consuelo, una hermana de Benjamín que no había evacuado.

Con la victoria llegaba la venganza. El 12 de Mayo, Benjamín fue detenido por la guardia civil.

Una cuerda de 16 ó 17 presos de Espadilla y Toga fueron conducidos al puesto de Fanzara donde prestaron declaración y continuaron andando hasta el funesto depósito de Lucena. De allí, a la atestada prisión provincial de Castellón. Juicio sumarísimo y condena de treinta años por adhesión a la rebelión.

“estábamos vencidos y había que obedecer”.

Los fascistas a quienes tanto ayudó no sólo no movieron un dedo a su favor, sino que le acusaron de ser el instigador de la quema de la Iglesia y de haber confeccionado una lista de personas para ser detenidas por la columna de hierro.

Los principales responsables de la represión, quienes elaboraron los informes inculpatorios y la lista de las personas que debían ser perseguidas fueron el jefe local de falange. Benjamín Guillamón

Gabaldá, el alcalde Manuel Gabaldá, el concejal José Sanbuenaventura y el cura Miguel Serrano que ejercía como secretario.

Avisaban a la guardia civil de su regreso al pueblo y tras su detención testificaban en su contra.

Con la victoria llegaba también un siniestro personaje. Joaquín Ibáñez Lahoz, guardia civil nacido en Argelita, participó en la represión de los mineros asturianos en 1934. Al inicio de la guerra se hallaba destinado en Andalucía. La prensa izquierdista le señaló como un sádico asesino de presos especialmente en Cádiz y Estepona.

Se casó en el pueblo en 1939, su casa junto a la iglesia, todavía se conserva. Su interior está dividido por un tabique. No es el único caso de desavenencias por la herencia que se resolvía partiendo y tapiando. En este caso en dos partes. Un hermano entraba por la puerta y el otro por la ventana.

Quienes habían sido movilizados, fueron forzados a servir en el ejército vencedor. En el caso de Manuel Lecha, la guardia civil le investigó por su condición de voluntario.

En alguna ocasión, en su casa habían escondido a varios derechistas que se ocultaron en tinajas. Cuando los guardias les pidieron que lo confirmaran, estos callaron. Sin duda conocedor del hecho, fue el mismo mando quien exasperado cerró el asunto.

Dirigiéndose a Manuel le espetó “si alguno de estos te molesta, me lo dices”.

De nuevo en servicio militar, será destinado como guardia en Miranda de Ebro, uno de los más duros campos de prisioneros.

Benjamín ingresó en la prisión de San Miguel de los Reyes en Valencia. Comenzaba un calvario que la misma Irene resume:

“el dinero nos salió malo. Pasamos mucha miseria, mucho sufrimiento. A mi padre lo pusieron en la cárcel y había que llevarle comida. Pero no teníamos nada. Nos daban apenas un pequeño racionamiento pero a mi padre como estaba en la cárcel no le daban, y de lo poco que a nosotros nos daban, había que llevarle comida a él.”

“De aquí íbamos andando hasta Onda. De Onda cogíamos La Panderola que nos costaba 22 perras y nos llevaba a Villa Real. De allí, en tren hasta El Puig donde nos era más económico ir a La Pobla de Farnals y de allí andando hasta San Miguel de los Reyes porque si íbamos directos a Valencia, había que pagar el trayecto más largo y luego regresar y no teníamos dinero”.

Hacían noche en la casa de una mujer del pueblo.

“Al día siguiente me venía andando o como podía. Yo he tenido que venir de Burriana andando por no tener dinero”.

En estos frecuentes viajes, una vez por semana, llevaba tabaco cultivado en el pueblo y también del de racionamiento para cambiarlo por jabón que subía a Espadilla en las cajas de la ropa de otros presos del pueblo. Una pastilla por caja.

Por las mañanas, un joven forastero se acercaba tímidamente para adquirir el tabaco. Era prudente y educado, se llamaba Domingo y había llegado al pueblo junto a un contratista para excavar en busca de agua subterránea para abastecer a Onda.

No era en absoluto un buen partido, y el hecho de que anduviera “indocumentado” no mejoraba la cosa. Manuela no le quería:

“Quien da pan a perro ajeno, se queda sin pan y sin perro.”

Pero Irene siempre había estado muy segura de sus sentimientos. Su último amor, un educado viudo de Argelita, marchó al frente. Con el tiempo dejó de contestar sus cartas y le lloró. Supo que se comprometió y casó con una muchacha de Chinchón que era anticuaria.

80 años después, se le ilumina el rostro cuando recuerda a Domingo en aquellos momentos:

“¡Qué bonita es la juventud! ¡a mi me tenía encantada!”

No era fácil aquel amor. A las dificultades del momento se unía la situación legal. Era prófugo de las autoridades, bastaba con ser identificado para ser detenido. El miedo lo impregnaba todo.

Domingo Escrig Vilaplana había nacido en Olba, en 1913. Miembro del comité antifascista de su pueblo, marchó a la guerra, fue herido en un brazo y destinado en cocina, a retaguardia en Requena donde le sorprendió el final de la guerra.

Los regulares “moros” los concentraron en la plaza de toros de Valencia. Allí les quitaron la documentación y los enviaron a sus pueblos. Era un modo sencillo de asegurarse de que no escaparían al control y acaso al castigo de las nuevas autoridades.

Por temor a represalias, decidió no presentarse y arriesgarse a vivir sin documentos de identidad a expensas de ser detenido por la primera autoridad que se los demandase.

Dió la casualidad de que un primo suyo era el nuevo alcalde de Olba y trabajaba en la compañía hidroeléctrica. Repasando la línea tras una tormenta, coincidió con un vecino de Espadilla que le informó de su paradero. Cuando supo su identidad acudió asombrado a visitarle, pero Domingo no quiso comprometerle y siguió viviendo en la clandestinidad.

Le contó que su madre murió poco antes de que el pueblo fuera evacuado. Días después una bomba cayó en el cementerio y desenterró los cuerpos.

En Espadilla trabajaba en una mina que abrieron cerca de la fuente Silvia, pernoctando en la taberna del tío Félix, junto al lavadero. Con el tiempo, se acogió en casa de Irene y nunca más se separaron. Nadie les molestó nunca.

Las relaciones entre la gente habían cambiado:

“al no haber habido sangre, no hubo malicia pero ya no era aquella simpatía. Había que vivir y aquello se olvidó”.

El 21 de Diciembre de 1943, al cumplir 60 años, Benjamín fue excarcelado. Había cumplido 1685 días de condena y en razón de edad y de buena conducta, se le ponía en libertad condicional con la obligación de fijar su residencia en Vallat bajo patrocinio y vigilancia de las autoridades locales.

La elección de Vallat se debió a que no contaba con el aval necesario para volver a su pueblo.

Así lo hizo, presentándose al alcalde (el tío Ángel) quien sin dilación le dijo que marchara tranquilo para su pueblo.

La primera instrucción del certificado de liberación condicional prohibía salir del lugar asignado sin autorización del director de la prisión, so pena de reingreso inmediato.

Regresaba al pueblo del que había sido alcalde con un permiso oral de la autoridad de Vallat. Escasas garantías para tiempos tan perversos. Se ocultó en su propia casa. Irene no recuerda el tiempo que hizo vida en la azotea. Sí recuerda, agradecida, que descubierto por los vecinos no fue denunciado.

“Mercedes. ¿A qué no sabes a quién he visto en el terrao?

¡A callar! Que tú no has visto nada!”

Terminada la guerra casi todos habían vuelto al pueblo excepto alguno a quien se le suponía en Francia.

La represión fue sistemática e implacable. Quienes se habían significado fueron procesados y condenados a diferentes penas. Los más seguían presos en las cárceles. Otros en prisión atenuada en el mismo pueblo u otros lugares, alguno, en los terribles batallones de trabajo.

Con todo, una situación sensiblemente mejor que en la mayor parte de los pueblos cercanos.

En todos los pueblos habían habido fusilamientos. Recuerda por sus nombres a los cuatro muchachos de Toga. Antes de la guerra eran asiduos de los bailes. También recuerda las procesiones en Ludiente, donde las rojas eran paseadas con lazos rojos en el pelo.

Pasó la guerra europea y se desvanecieron las últimas esperanzas de que la democracia regresara.

Los últimos años de la década de los 40 fueron especialmente duros. Gran parte de los vecinos trabajaban en el monte acarreando “malea” para alimentar las fábricas de Onda, iban y volvían andando.

Las familias señaladas no podían disponer de las tierras hasta que se depuraran responsabilidades, con la guerra todo estaba perdido. Había mucha necesidad y no se encontraba pan.

Eran tiempos del estraperlo. Muchos hombres y caballerías arrostraban un arriesgado viaje a tierras de Aragón, en jornadas nocturnas por caminos de herradura. Allí compraban el trigo y aquí lo vendían.

Lo molía Engracia, hija del tío molinero, y se mezclaba con boniato, patata...

“cualquier cosa menos harina, pero había que comer algo”.

Dos vecinos (Monferrer y Pascual Nebot) se tropezaron con una partida de guerrilleros. Como era habitual, hablaron y les dejaron sus señas. Incluso llegaron a proponer a uno de ellos el ingreso en sus filas. Éste se negó aduciendo razones familiares.

Algún tiempo después, se presentaron una noche en el pueblo. Adquirieron en la taberna de Amelia algunos productos de primera necesidad y desaparecieron.

La reacción de la guardia civil fue extremadamente violenta; tres camiones repletos de guardias batieron el monte. Los dueños del economato detenidos y vejados, fueron trasladados al cuartel de Onda donde lo pasaron muy mal hasta ser liberados días más tarde.

Durante la década de los 50, Benjamín y Domingo vivían como sombras en un limbo legal, trabajaban incansables siempre discretos, con el temor constante de una anónima denuncia o de un simple requerimiento de identificación por parte de la guardias con los que tan a menudo se cruzaban y saludaban.

“cada vez que me los tropezaba se me ponían los huevos en la garganta, pero nunca me dijeron nada”.

La familia trabajaba la huerta y vendían sus productos en Onda. Aún recuerda los 5010 kg de la última cosecha de tomates que le vendieron al almacenista Peris de Onda.

Tuvieron vacas, también granja con 42 conejas. Emilio Tomás de Costur los llevaba al matadero de Catí.

“El mundo estaba tan sumamente amargado, eramos como ardillas, cada uno iba por su lado”.

Fuimos un ejemplo de trabajo. Nadie nos dijo nunca nada. Aparte de la persecución y de lo diferente que eran las costumbres. Disfrutábamos de prestigio”.

Con Domingo ayudando en la casa, Benjamín encontraba tiempo para disfrutar de su pasión por la pesca con caña. Por aquellos años, el río Pequeño tenía una rica fauna.

La gente emigraba en cuanto podía. Quienes habían marchado a Onda plantaban las huertas y las trabajaban los fines de semana. El ex-alcalde Bayo (el tío millonario) era especialmente malo. Cobraba el “culto y clero” para la iglesia. Los domingos rondaba las huertas y denunciaba a la guardia civil a quienes las trabajaban.

Quiso el destino que fueran precisamente Irene y Domingo quienes lo amortajaron cuando murió en 1975.

En cuanto las circunstancias fueron posibles, Domingo se presentó a las autoridades militares; Acababa de cumplir 40 años, edad en que el ejército otorgaba la licencia definitiva. Habían pasado casi 20 años desde el fin de la guerra. La guardia civil se lo llevó, fue encarcelado en la prisión de Castellón y trasladado a la de Zaragoza pues Olba pertenecía a esta región militar.

Consiguieron abogado por medio de un allegado y tras un mes fue liberado. Era el año 1957, por fin podían casarse legalmente y así lo hicieron el 15 de Noviembre.

Habían convivido durante 17 años. La gente pensaba que no se casaban porque Irene no quería.

“y tú ¿por qué no te casas?”

!No ves que Domingo está malo del estómago!

Y eso ¿qué tiene que ver?”

Por cierto que el secretario del Ayuntamiento, un tal Puertas y su esposa, oficiaron de padrinos de boda. Años más tarde, fallecidos sus respectivos cónyuges, le propuso matrimonio que Irene rechazó.

“No he conocido otro marido más que el mío. He sido muy feliz con Domingo. Era un servidor del pueblo. Una joya”.

Legalizada su situación, pudieron acoger a su padre que tras la marcha de sus dos hermanas, había quedado solo en Olba. Se le conocía como el tío Victorino y era un excelente curandero. Atendía en la misma casa donde era habitual que se formaran colas y corrillos.

Benjamín murió en 1959. Manuela, diez años más tarde y el tío Victorino en 1972.

Irene y Domingo continuaron su existencia en un pueblo que se vaciaba inexorablemente.

Los jóvenes habían marchado a Onda, a Castellón y a Cataluña. Ellos y sus familias ya solo regresarían por vacaciones.

Cerraron las escuelas, los hornos, las tabernas.... Se abandonaron los milenarios cultivos de secano que fueron el paisaje de este valle. Los bancales de piedra seca, monumentos de belleza, trabajo y perseverancia se desmoronaban poco a poco.

Se perdieron las masías, los caminos de herradura, los corrales, las veredas. Solo las fincas más cercanas al pueblo seguían trabajadas.

El pinar lo invadió todo.

Los visitantes actuales se maravillan con la belleza del entorno natural. Pero lo cierto es que todo evidencia esta transformación.

Los verdaderos artífices de los sistemas de riego de huertos y naranjales, de los extraordinarios bancales de piedra seca con sus algarrobos, olivos e higueras fueron los habitantes andalucés y sus descendientes mudéjares y moriscos, cruelmente expulsados en 1609.

Lo que a duras penas se mantuvo durante los siguientes siglos, acabó abandonado durante este periodo tan corto.

Es un paisaje trise por desarraigado.

En 1953 se asfaltó la carretera y en 1962 el pueblo. También se hizo la red de saneamiento.

Trabajos de infraestructuras hidráulicas en el río Mijares atrajeron inmigrantes que salvo alguna excepción también se fueron.

Desaparecieron los animales domésticos y de labor, inseparables compañeros del hogar y de los trabajos de los hombres durante milenios.

Llegaba el desarrollismo con coches y asfalto, con televisión, con una manera muy distinta de vivir y de concebir la vida.

En un país que por fin se transformaba y avanzaba hacia el modo de vida de sus vecinos europeos, el pasado no cabía. En un contexto de progreso, muy pocos se interesaban por desgracias y penurias pasadas.

Al principio el miedo se hizo silencio, desaparecían los testigos y protagonistas de los tiempos de la guerra sin haber transmitido sus vivencias. La mayoría de sus descendientes ya no habitaban en el pueblo. Vivían en otros lugares de realidades muy diferentes. Incluso para quienes estaban en Onda o en Castellón, el pueblo solo era un lugar de visita de fin de semana o vacaciones.

De allí al olvido y a la ignorancia.

En 1975 murió Franco pero perduró el franquismo. El anarquismo ya solo era una sombra. Los dirigentes comunistas y socialistas se disputaban la aquiescencia del poder compitiendo entre si por presentar un perfil más “moderado”.

Optaron por la socorrida vía de renunciar a todo: Invocando una supuesta reconciliación que sólo ellos pedían, validaron un ley de amnistía que exoneraba a los fascistas de todos sus crímenes.

Traicionaron al socialismo, a la república y sus símbolos, a los valores de la escuela laica y ¿por qué no? Acabaron traicionando a sus propios muertos que quedaron olvidados en los mismos campos de batalla, en trincheras, cunetas, en anónimas fosas. O en el peor de los casos, inhumados en cajas sigladas junto a sus asesinos, en el tétrico valle de los caídos.

Para quienes habían sobrevivido, no hubo reconocimiento ni reparación.

A finales de la década de los 80 comenzó la transformación urbanística. Quienes marcharon y prosperaron construían viviendas de segunda residencia o reformaban las existentes, normalmente añadiendo alturas. Desaparecían casas y corrales y surgían los pisos.

En 1992 se prolongó la carretera CV 20 hasta Montanejos.

Instalaciones deportivas con el inevitable frontón, parques infantiles, piscina, jardines y locales de todo tipo para una población residente que había pasado de 300 personas en los años 40 a una cincuentena en el año 2000.

La tradicional y armoniosa fisonomía de pueblo de ladera fue definitivamente alterada por la urbanización de las alturas de “El Montico”, donde desde hacía siglos se acogían en sus corrales, los ganados que venían en trashumancia desde Aragón.

El río Mijares, con sus aguas represadas y entubadas, perdió sus atributos de gran caudal rector y conformador del paisaje para devenir una triste y turbia lámina.

Al río Pequeño, antaño paraíso de la pesca, todavía le fue peor como receptor de las aguas negras de Ayódar.

En la actualidad, a excepción de algunos naranjales y olivares, Espadilla no produce nada, más allá del auto consumo de sus escasos habitantes.

Desde la entrada en la Unión Europea, un continuo y aparentemente infinito flujo de dinero llega desde allí y permite el funcionamiento de los servicios básicos y la construcción y mantenimiento de infraestructuras de todo tipo.

Una población de campesinos autosuficientes ha sido sustituida por una población en su mayor parte estacional, para quien el pueblo ya solo es una colonia de veraneo o de fin de semana donde se viene a “descansar”.

Tras la muerte de Domingo en 1996, Irene quedó sola.

Tenía 80 años y seguía activa y laboriosa como siempre. Cuidaba de sus gallinas, cultivaba y preparaba azafrán.

Conservaba su carácter inquieto y alegre. Su conversación inteligente y amable. Su desenfadada ironía.

Cuidaba con mimo su pequeño jardín, en el acceso a la casa:

Salvando la pendiente sobre la que se edificó el patio, una enorme bouganvilla tapizaba el muro superior. Contrastaba el vivo rojo con el azul masivo y delicado de un no menos espectacular plumbago que se derramaba sobre el bancal inferior.

Entre ambos, un pequeño universo de plantas con flor cultivadas en maceteros, tinas, tinajas, orzas... cualquier cosa.

Unas descomunales hortensias, plantadas exclusivamente en corteza de algarrobo sobre grandes cocios, eran sin duda, las joyas del lugar.

Una pequeña colonia de gatos siempre halló en él, comida y cobijo.

Irene falleció en paz, en su casa, la madrugada del 3 de Enero de 2018 a la edad de 102 años. Sin familiares ni descendencia, su mundo se fue con ella. Los recuerdos contenidos en los objetos y sobre todo en los cuadros y fotografías que colgaban de las paredes ya no significarían nada para nadie. Ya nadie cultivaría azafrán.

Se cumplió su deseo de reposar junto a los restos de su querido esposo compartiendo nicho tras una lápida donde hizo grabar un epitafio en plural:

AMOR, GENEROSIDAD Y LIBERTAD GUIARON NUESTRAS VIDAS

Su historia y la de suyos no es excepcional, miles de familias de los vencidos compartieron vivencias similares o incluso mucho peores.

Lo extraordinario es su ejemplo de lucidez y fidelidad a sus principios y a sus seres queridos.